

DESMITIFICACION Y CRITICA: DOS ENSAYISTAS COSTARRICENSES *

POR

FLORA EUGENIA OVARES

Universidad Nacional, Costa Rica

I

Según Jacques Leenhardt, el ensayo da cuenta de un estado intermedio del discurso, situado entre la figuración y la polémica¹. Este planteamiento remite a las aseveraciones de Lukács, para quien el ensayo se define como una forma autónoma entre la literatura y la filosofía².

A partir de esta caracterización, Lukács afirma que el ensayo ofrece un nuevo ordenamiento, una mirada diferente sobre los objetos culturalmente constituidos y relaciona este rasgo con el afán de veracidad que lo orienta. Leenhardt y Adorno³ coinciden con Lukács en este aspecto cuando indican que el ensayo desplaza el objeto natural y enfoca sus hipóstasis culturales, que se convierten en la materia de este tipo de discurso. En este sentido, el ensayo relativiza el vínculo entre los objetos y sus representaciones, sujeta los conceptos a su propia organización y logra así la revisión cultural, la crítica a la ideología.

Leenhardt indica, además, que «la forma del ensayo, en cuanto forma de una búsqueda de la coherencia, sitúa el motivo ético en su centro»⁴.

* El presente artículo se basa en las conclusiones de un trabajo más extenso elaborado por Seidy Araya Solano y Flora Eugenia Ovarés, *Antecedentes del conflicto de 1948 en el ensayo costarricense*. Avance de investigación (Heredia, Universidad Nacional, 1984).

¹ Confróntese Jacques Leenhardt, «Función de la estructura ensayística en la novela hispanoamericana», en *Revista de Estudios Hispánicos* (Universidad de Puerto Rico), año VII (1980), pp. 9-17.

² «El alma y las formas», en *Obras completas*, I (Barcelona: Grijalbo, 1975).

³ Theodor Adorno, «El ensayo como forma», en *Notas de literatura* (Barcelona: Ariel, 1962), pp. 11-36.

⁴ Leenhardt, *op. cit.*, p. 12.

De acuerdo con este aserto, el ensayo, considerado como unidad de comunicación discursiva, privilegia el compromiso del sujeto discursivo con diversos objetos y esferas de sentidos. Se genera así un vínculo entre la actitud del sujeto con respecto a ciertos espacios de la ideología y determinados rasgos que ofrece el enunciado en relación con el hablante y otros participantes de la comunicación discursiva⁵.

La percepción del imperativo ético se concreta en la figura de un enunciante persuasivo, siempre presente, orientado por una evidente inquietud didáctica. En íntimo nexo con este enunciante, el destinatario se configura como un interlocutor asimismo imprescindible, al que la palabra del enunciante acerca, convence y prepara y quien a su vez lo condiciona en la escogencia de un tono y el uso de determinadas estrategias retóricas.

En cuanto enunciado, el ensayo se orienta fuertemente hacia la respuesta comprensiva dentro de la esfera de sentidos fijada por el sujeto discursivo. De lo anterior se desprende que otro rasgo distintivo del género, la vocación dialógica, está subordinada al propósito de convencimiento. Así, el ensayo refleja ante todo una búsqueda de coherencia sostenida por el imperativo ético, pero también una inclinación dialógica generada desde el nexo entre las figuras del enunciante y el destinatario y a partir de la comunidad de intereses que se instaura entre ambas figuras⁶.

El carácter persuasivo del ensayo se manifiesta en distintos niveles. En el enunciante, gracias al despliegue de diversos procedimientos, que incluyen tanto la elaboración de sintagmas que acompañan y determinan el carácter de esta figura, como el establecimiento de múltiples signos de enunciación y destinación. En el nivel del enunciado hay que indicar la preferencia por la reiteración y la yuxtaposición como procedimientos expositivos, que a la vez condicionan determinados usos de las formas genéricas y estructurales de conclusión⁷. De esta manera, la conclusividad, en el caso del ensayo, es un aspecto subordinado también al motivo ético.

La comunidad de intereses que el enunciante prefigura en relación con el destinatario, el matiz dialógico, marca otros rasgos del discurso ensayístico. Ante todo, la presencia de enunciados ajenos, aunque incorporados con una finalidad persuasiva y polémica, delimita un terreno de inquietudes comunes entre el enunciante y su interlocutor. El enunciante

⁵ Cfr. Mijail Bajtin, «El problema de los géneros discursivos», en *Estética de la creación verbal* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982).

⁶ El término «dialógico» se entiende aquí en dos sentidos fundamentales: como estrategia retórica, que constituye un nexo entre enunciante y destinatario, y como «pluralidad», referido a las relaciones que el enunciado establece con otros.

⁷ Bajtin, *op. cit.*

expone e interpreta, a partir de una realidad cultural determinada, de un producto concreto, problemas conceptuales que, sin embargo, no se agotan en la discusión del objeto escogido, sino que construyen un discurso alternativo alrededor de éste. La inclusión que durante este proceso se hace de diversos discursos culturales e ideológicos adquiere, en principio, un carácter polémico, en virtud de la orientación didáctica, que marca el nexo entre el enunciante y el destinatario. Puede suceder incluso que el ensayo asuma como contenidos los diversos discursos culturales e ideológicos que quiere refutar: la historia, la literatura, la economía, la política, creándose así una especie de discurso mimético que reproduce en el plano estructural el enunciado debatido.

Si bien, como explica Leenhardt, la relación dialógica que se produce no es una mera forma discursiva abierta, como la concibe Bajtin, ya que se basa en una comunidad de intereses establecida a partir del imperativo ético, el enunciado se comporta como unidad real de comunicación y se abre a una serie de discursos ajenos y propios. Establece relaciones con enunciados anteriores: se apoya en ellos, los cuestiona, los orienta como respuestas, los agrupa y utiliza, los matiza y reinterpreta. Se generan así, dentro del discurso ensayístico, múltiples relaciones de intratextualidad e intertextualidad que lo enriquecen con diversos puntos de vista, tendencias culturales, teorías, cuya convergencia proporciona un carácter complejo y polémico.

De esta manera, el enunciado se configura de acuerdo con principios generadores que actúan a partir del afán didáctico, el carácter dialógico, y las necesidades engendradas por los diversos grados de revaluación y otredad del discurso ajeno. Aspectos tan variados como el estilo, el tono y la disposición de la materia, según estrategias retóricas o narrativas, se despliegan en una búsqueda de coherencia a partir de todos estos rasgos propios del género.

Dicha búsqueda de coherencia se corresponde con la propensión a establecer un sistema de significación totalizador que cumpla un papel constitutivo con respecto a la identidad cultural y nacional. Esta tendencia, que se muestra en el procedimiento expositivo inclinado a la coordinación y la yuxtaposición, en el gusto por la insistencia y la revelación, confirma el estudio de las determinantes históricas y culturales como indispensables para el análisis de los productos ensayísticos.

II

El ensayo costarricense de la primera mitad del siglo se mueve entre la crítica a la ideología dominante y la indagación de alternativas. En un primer momento, sin dejar de lado la pregunta sobre la identidad nacional y americana, nuestra ensayística hace suyo el sentimiento antioligárquico de amplios grupos de la población. Posteriormente, la crítica y la búsqueda de opciones se plantean de acuerdo con las aspiraciones de sectores de clase más específicos. Tanto la función crítica como la búsqueda de propuestas alternativas se expresan mediante la incorporación, dentro de los límites del género, de diversas orientaciones teóricas: el reformismo, las variantes socialistas, el anarquismo y el marxismo, que matizan y enriquecen el discurso ensayístico de esos años.

Ciertos sectores intelectuales logran conceptualizar la protesta antioligárquica y el descontento general ante las fallas del sistema. Se enfrentan a los valores en decadencia mediante una labor crítica que se desarrolla en diversas esferas: cultural, educativa, política. Su preferencia por el ensayo como lugar de expresión y polémica permite que su discurso cumpla una función desmitificadora que sirve de punto de apoyo a juicios y propuestas más estructuradas que aparecerán posteriormente. Consiguen unificarse alrededor de ciertos hechos históricos, experiencias generacionales que los ayudan a vislumbrar grietas en el sistema político imperante. A la vez, comparten determinadas doctrinas y se vinculan a través de algunas personalidades nacionales o latinoamericanas.

Sin olvidar el impacto que tienen en la conciencia de la época acontecimientos como la crisis de 1929, la Guerra Civil española o las Guerras Mundiales, hay que destacar un hecho que repercute hondamente en la historia política local: la tiranía de los hermanos Tinoco⁸ propicia la toma de conciencia en relación con las limitaciones de la república liberal y agrupa a amplios sectores alrededor de luchas concretas. Numerosos intelectuales, periodistas y educadores opuestos al gobierno se convierten en objeto de persecución. Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén

⁸ Alfredo González Flores, al asumir el poder en 1914, intentó crear un sistema tributario directo y aumentar la intervención del Estado en el plano económico mediante la creación del Banco Internacional. Esto, unido a las presiones de la Costa Rica Oil Corporation, condujo a su derrocamiento, en 1917, por Federico Tinoco, quien se mantuvo en el poder hasta 1919. José Luis Vega Carballo analiza la importancia de la lucha antitinoquista dentro del proceso de afianzamiento de un sistema de dominación indirecto en el que se desvían las confrontaciones hacia un terreno político. Cfr. *Poder político y democracia en Costa Rica* (San José: Editorial Porvenir, 1982).

son separados de sus cargos respectivos de director de la Escuela Normal Superior y secretario de Instrucción Pública. Otros oponentes del tinoquismo, como el maestro Marcelino García Flamenco y el periodista Rogelio Fernández Güell, director de *El Imparcial*, resultan asesinados por la dictadura.

Estos y otros atropellos del gobierno tinoquista generan una fuerte oposición entre amplias capas de la ciudadanía. Vicente Sáenz publica *Traidores y déspotas de Centro América*⁹, donde recoge artículos escritos para *La Prensa* (Nueva York) y *El Universal* (México). Mario Sancho dirige, desde Managua, una campaña periodística contra la dictadura; funda en ese país un diario, *El Fígaro*, y una revista, *Nicaragua Informativa*, con el propósito de combatir la tiranía. Por su parte, Carmen Lyra organiza a los maestros y dirige, en junio de 1919, la manifestación que culmina con la quema de las instalaciones del diario gobiernista *La Información*.

Los ensayos y artículos que se escriben en esos momentos plantean la defensa de los valores republicanos dentro de un esquema general, que remite a los conceptos de civilización y barbarie: el tirano rompe un proceso hacia la república y niega las posibilidades del pensamiento; en estas circunstancias, el intelectual debe abogar por los ideales republicanos y democráticos y denunciar la pérdida de los valores patrióticos desde una posición de decoro político. La defensa de los ideales republicanos, que se hace patente durante la dictadura tinoquista, se mantiene como una vertiente importante en la producción posterior de estos ensayistas. La denuncia de las tiranías latinoamericanas en numerosos ensayos de Sáenz, Sancho y García Monge se transforma posteriormente en ataque al fascismo e incluso se extiende al rechazo del régimen oligárquico, concebido como una forma legal de dictadura.

Además de la defensa del ideario republicano, estos escritores comparten ciertas actitudes, que incluyen las posiciones antioligárquicas, el afán paralelo de aproximarse a los sectores populares y el sentimiento anti-imperialista.

Dentro de la búsqueda de alternativas antioligárquicas hay que anotar el desarrollo de una actividad reivindicativa y política tendiente a lograr reformas legales y económicas en favor de la clase trabajadora. Varias organizaciones de corte nacionalista y socialista, influidas por el anarquismo, el marxismo y el aprismo, se constituyen en lugares de contacto entre intelectuales y obreros. Así, en 1912 se funda el Centro de Estudios Germinal, que dirige Omar Dengo y cuenta con la participación de García

⁹ Aparece en 1918. Censurado, no puede circular en Estados Unidos. Reaparece en 1920 en San José.

Monge, José María Zeledón y Rómulo Tovar, entre otros. La finalidad de esta organización fue fundamentalmente la de educar a los obreros y a la juventud. Bajo su influencia se crea, en 1913, la Confederación General de Trabajadores. En la década del veinte se destacan organizaciones nacionalistas y antiimperialistas, como la Liga Cívica, la sección de APRA en nuestro país y el Partido Alianza de Obreros, Campesinos e Intelectuales. La Universidad Obrera, impulsada por García Monge, persigue también propósitos educativos en relación con los grupos populares. Además, *Repertorio Americano*, fundado en 1919, resume este afán educativo y político y sirve, al igual que la figura de García Monge, de punto de contacto del sector intelectual.

El descontento antioligárquico se articula en posiciones partidarias y clasistas a lo largo de las décadas del treinta y el cuarenta. En 1931 se funda el Partido Comunista de Costa Rica, y en 1940 se crea el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, que posteriormente integra el Partido Social-Demócrata. Estos hechos demuestran la existencia de un mayor desarrollo político y organizativo del movimiento antioligárquico, pero en algunos casos conducen a la escisión de sectores que se habían mantenido vinculados en las décadas precedentes. En los ensayistas que nos ocupan, sin embargo, persiste la tendencia al compromiso con los grupos populares, unida a la preocupación por la enseñanza. Esta actitud conforma otra vertiente del ensayo costarricense y anima proyectos educativos y políticos, en los que la actividad literaria se incorpora como elemento de la militancia y adquiere una fuerte orientación didáctica.

Se destacan también en la época las diversas expresiones de un claro sentimiento antiimperialista, ahondado a raíz de las invasiones de Estados Unidos a Nicaragua y otras naciones del continente y de los diversos contratos del gobierno con compañías extranjeras. El antiimperialismo aparece en múltiples ensayos, que se apartan progresivamente de las concepciones arielistas y se encaminan hacia la indagación del origen y los efectos del expansionismo norteamericano. Dentro de esta línea se enmarca buena parte de la ensayística de Vicente Sáenz, desde sus escritos iniciales, como *Norteamericanización de Centro América* (1925) y *El canal de Nicaragua* (1929), hasta obras de madurez, como *Guión de historia contemporánea* (1942) y *Centro América en pie* (1944). Mario Sancho alude a esta temática en varios ensayos que publica en *Viajes y lecturas* (1933), así como en trabajos dispersos en *Repertorio Americano* y otras publicaciones de la época. Por su parte, Carmen Lyra inaugura la narrativa antiimperialista de tema bananero con *Bananos y hombres* (1931) y publica la serie de ensayos titulados *Historia de la United Fruit Company y sus rapacidades* (1934).

Los aspectos mencionados: desencanto ante el fracaso de los ideales republicanos, actitud antioligárquica y antiimperialista y proximidad con las aspiraciones populares posibilitan, en el plano ensayístico, una labor desmitificadora de la ideología dominante. Este proceso de crítica de los valores liberales toma fuerza en las primeras décadas del siglo y aparece unido a la reflexión alrededor de diversos tópicos del discurso americanista¹⁰. A partir de la década de los treinta, la pregunta por la identidad se transforma en indagación de las causas económicas e históricas de la situación del momento, mientras que la búsqueda de alternativas se suma a la desmitificación y la crítica¹¹.

El acercamiento a la obra de Mario Sancho y Vicente Sáenz permite conocer algunos aspectos concretos de la forma en que se lleva a cabo la revisión de los valores de la república oligárquica en el ensayo costarricense. Ambos escritores participan de las tendencias políticas y culturales determinantes en su generación, y, como otros miembros de ésta, se preocupan por criticar diversas manifestaciones ideológicas y por desmitificar la democracia liberal, dando así forma a un descontento generalizado en la sociedad. Integran a sus juicios el legado americanista e incluso elaboran algunos aspectos de la tradición ensayística del siglo anterior. A la vez, sus observaciones sirven de base a críticas posteriores, de manera que sus planteamientos resumen líneas esenciales del desarrollo ensayístico nacional.

III

Uno de los aspectos del enunciado que determina su composición y estilo es el momento expresivo, definido por Bajtin como una actitud subjetiva y evaluadora del hablante con respecto al contenido semántico de su propio discurso. Este rasgo resulta de particular interés en el análisis de los ensayos de Mario Sancho¹², pues, aclara, no sólo el tono de éstos,

¹⁰ Estos aspectos del ensayo político de la época se analizan en el estudio de Flora Ovares y Hazel Vargas, *Trincheras de ideas*. Avance de investigación (Heredia, Universidad Nacional, 1983).

¹¹ Este último aspecto está presente en el ensayo de tinte social-demócrata, que surge en la década de los cuarenta, integrado a la actividad política del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales.

¹² El ensayista Mario Sancho Jiménez nació en Cartago, Costa Rica, en 1889 y murió en esa ciudad en 1948. Viajó por diversos países de Europa y América. En 1920 partió como cónsul a los Estados Unidos, donde realizó estudios universitarios. Tuvo a su cargo diversas cátedras en Simmons College y Brown University. Sus obras principales son: *Palabras de ayer y consideraciones actuales* (1912); *La joven literatura nicaragüense* (1919); *Viajes y lecturas* (1933); *El Doctor Ferraz, su in-*

sino el escogimiento de varias estrategias retóricas de composición y disposición.

El enunciante, en varios de los ensayos de Sancho, asume un tono nostálgico que se señala como una de las notas más características en la producción de este autor. Esta relación valorativa del enunciante con su discurso surge de un enfrentamiento lúcido y desencantado con la realidad presente.

El tono nostálgico del enunciante indica su fidelidad a una serie de valores que juzga desaparecidos. Añora un mundo ideal, que sitúa en el pasado y que construye por ausencia y por contraste con el presente. En otra ocasión se ha mostrado cómo, en Sancho, la ruptura con el presente y el pasado inmediato obedece al desengaño ante el fracaso de los ideales republicanos¹³. El tono nostálgico responde a una conciencia decepcionada, al desencanto como otra forma de cuestionar los conceptos establecidos, las prácticas políticas y los mitos.

La actitud evaluadora del enunciante explica también el uso frecuente que hace del contraste entre presente y pasado como procedimiento de estructuración de la materia discursiva. Mediante esta oposición, que aparece en varios ensayos¹⁴, se obtiene el efecto de recalcar el fracaso de las aspiraciones e ideales que el enunciante sustenta. El procedimiento mencionado aparece, sobre todo, en los primeros ensayos de Sancho y en aquellos que surgen a principios de la década del treinta, momento histórico en que se percibe ya claramente la fractura del orden liberal. En ensayos posteriores, el pasado se incorpora más bien como elemento explicativo y el tono nostálgico se atenúa o desaparece. Es el caso, por ejemplo, de obras como *El pueblo español* (1937), ensayo en el cual la tradición se usa como elemento que apoya la defensa de la República, al indicarse su carácter democrático y popular. Lo mismo sucede en *Vicisitudes de la democracia en América* (1944), donde los aspectos históricos se incorporan como datos que explican los rasgos políticos y económicos del presente. El cambio en la actitud valorativa guarda relación con el conocimiento de nuevas teorías sobre el desarrollo histórico y con el surgimiento de grupos sociales que se oponen al dominio oligárquico desde posiciones

fluencia en la educación y en la cultura del país (1934); *Costa Rica, Suiza Centroamericana* (1935); *El pueblo español* (1937); *Vicisitudes de la democracia en América* (1944); *Memorias* (1961) y múltiples artículos periodísticos y ensayos publicados en revistas de la época.

¹³ Flora Ovares y Hazel Vargas, *op. cit.*

¹⁴ Por ejemplo, en la serie de ensayos sobre el Cartago antiguo, que publica entre 1932 y 1933 en *Repertorio americano* y en el ensayo *Costa Rica, Suiza Centroamericana*, de 1935.

más estructuradas. La confianza en su potencial histórico que poseen estos grupos, perceptible en el ensayo de orientación social-demócrata, parece permear la obra de Sancho y atenúa el tono nostálgico. Este, sin embargo, no desaparece del todo y se vuelve a encontrar en las *Memorias*.

El tono irónico, presente también en muchos de estos ensayos, responde a una posición valorativa del enunciante en relación con el discurso que ofrece. Dicho discurso funda su validez en la incorporación de la cultura y las tradiciones universales, no como un lenguaje que hay que subvertir, sino como sustrato intelectual en que se apoya en última instancia la veracidad del discurso propio. La cultura proporciona autoridad al enunciante, lo caracteriza dentro de un paradigma deudor de legado arielista del aristocratismo intelectual. Esta tradición prestigiada se incorpora al discurso de diversas maneras, tales como el uso de alocuciones y frases en otros idiomas, la mención a pensadores y artistas y la constante intertextualidad con múltiples obras literarias e históricas.

A la vez, el respaldo ofrecido por el prestigio de la cultura humanista y la literatura sirve como punto de partida para entablar una comunidad, una especie de complicidad irónica con el destinatario. Este se configura generalmente como un maestro, un político, un interlocutor culto a cuyas preferencias se apela. El enunciante acerca al destinatario a sus posiciones gracias a una estrategia persuasiva que se apoya en la cultura como terreno de coincidencia.

Tanto el tono nostálgico como la actitud irónica guardan relación con el propósito desmitificador que asume el enunciante ante los valores y la ideología oficiales. El proceso de desmitificación se lleva adelante en varios momentos. En primer término aparece el señalamiento de ciertas prácticas de los diversos sectores de la sociedad, criticadas desde una óptica arielista que privilegia como factores explicativos los aspectos morales y espirituales. El enunciante indica expresamente su creencia en la vocación rectora que le corresponde como intelectual y lo obliga a destruir conceptos preestablecidos. La escritura se convierte así en instrumento de polémica.

A partir de la indicación del desencuentro entre el discurso y la práctica política, la crítica al legalismo y el constitucionalismo, el ensayo se aproxima al cuestionamiento de la democracia como mito. El análisis de la experiencia concreta del ejercicio electoral lleva a discutir la validez de amplios aspectos del discurso liberal. La democracia es un mito, una palabra que se ha vaciado de contenido profundo y que ha llegado a ocultar la realidad de injusticia social y corrupción política (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*, 1935). También son mitos la igualdad y la supuesta cultura del costarricense, y la misma opinión pública no pasa de

ser un espejismo de nuestra vida política. («¿Hay opinión pública vigilante?», 1936).

De esta manera, a través de la contraposición crítica entre el discurso sobre la realidad y ésta se despliega una estrategia discursiva que se ha indicado en la obra de otros ensayistas: el contraste que tiende a subrayar contradicciones entre apariencia y esencia, la oposición, acentuada por la ironía, entre las opiniones generalizadas y el discurso propio que sí da cuenta cabal de la realidad¹⁵. El ensayo participa así de la modalidad apuntada, según la cual revela y rectifica el discurso oficial. En cuanto enunciado polémico, conceptúa el discurso ajeno como sentido común, fundado en estereotipos: la opinión pública es «una mentira convencional», la política es «esta horrible Celestina... maestra de embustes y necesidades» (*Costa Rica, Suiza Centroamericana*) e incluso la democracia, al encubrir el dominio de la oligarquía es, en lo esencial, otra forma de dictadura (*Vicisitudes de la democracia en América*).

Vemos así cómo, en el ensayo de Sancho, convergen diversos discursos, que establecen múltiples relaciones entre sí: el legado del americanismo, ecos de la tradición arielista y aspectos de la cultura humanista, se cohesionan, bajo el imperativo ético, con una observación de la sociedad y sus mitos, que, en algunos momentos, utiliza las categorías de análisis del marxismo o del pensamiento social-demócrata. El discurso resultante se propone, frente a las creencias oficiales, en un proceso desmitificador que responde a los imperativos políticos del momento histórico y a los cometidos de su generación.

IV

Como en Sancho, también en el ensayista Vicente Sáenz¹⁶ la crítica a la sociedad parte del cuestionamiento del discurso oficial. Este escritor

¹⁵ David William Foster indica la presencia de un recurso semejante en la ensayística de José Carlos Mariategui. Cfr. *Para una lectura semiótica del ensayo latinoamericano* (Madrid: Porrúa, 1983).

¹⁶ Vicente Sáenz nació en San José en 1896. Se dedicó al periodismo y la enseñanza. Dirigió diversos diarios y revistas de la época, tanto en Costa Rica como en otros países de América Latina. Fundó varios partidos políticos, como el Partido Unionista Histórico hacia 1921 y el Partido Socialista en 1935. Viajó por toda Centroamérica defendiendo las propuestas unionistas. En 1937 visitó España, donde tomó parte en diversas actividades en defensa de la República. Se radicó en México; allí trabajó como profesor en la Escuela Normal Superior y en la Universidad Obrera. Murió en este país en 1963. Su obra como historiador y ensayista es muy extensa. Algunas de sus publicaciones son: *Traidores y déspotas de Centro América* (1918), *Rompiendo cadenas: las del imperialismo en Centro América y otras repúblicas del*

se interesa primordialmente por analizar el discurso histórico tradicional y ofrecer una interpretación alternativa del desenvolvimiento de nuestros países. La historia se le presenta como un contenido adecuado para expresar una estructura significante en el proceso de desplazar la ideología oficial. De esta manera, el código ético define la estructuración del ensayo, tanto en lo relativo a las figuras del enunciante y el destinatario como en la escogencia y disposición de la materia, de manera que los datos históricos se convierten en elementos literarios.

En el ensayo de Sáenz, el enunciante se refiere a sí mismo como el indicado, por imperativos éticos e intelectuales, para ofrecer la versión que juzga como verdadera. Una idea peculiar del deber del intelectual lo lleva a caracterizarse dentro de la oposición «intelectuales sumisos-intelectuales honrados»¹⁷, que, a su vez, remite al antagonismo, más vasto, entre civilización y barbarie. Una serie de sintagmas, que acompañan sus actos en cuanto intelectual, ayudan a reforzar una imagen determinada del enunciante: intelectual consciente, valeroso, constante. Así, en *Rompiendo cadenas* (1933) insiste en aclarar su labor persuasiva ante los gobernantes centroamericanos, a los que quiere convencer de la necesidad de unión frente al imperialismo, y en *Centro América en pie* (1944), define, por oposición, su quehacer de escritor comprometido: «... yo escribo, y repito, y vuelvo a repetir lo que otros callan, para no comprometerse ni tropezar con obstáculos, en el fácil camino de servir al poderoso y no parar mientes en el desvalido»¹⁸.

Uno de los rasgos del enunciante que más se subrayan es la objetividad, lo cual es congruente con el anhelo de veracidad que orienta al ensayo. En este sentido, es explicable la recurrencia a una serie de elementos y procedimientos que tienden a demostrar la objetividad como condición esencial de la figura del enunciante. Se integran así al discurso diversos aspectos relacionados con la elección y selección de fuentes, datos y testimonios que el enunciante juzga necesarios para apoyar sus asertos. Se trata de un «documentalismo intelectual»¹⁹, que se convierte en uno de los sustentos del discurso. Los datos se ordenan en notas al pie, ampliaciones, reiteraciones, citas de otros pensadores o de los propios li-

continente (1933), *España heroica* (1938), *Centro América en pie* (1944), *Martí, raíz y ala del libertador de Cuba* (1955) y *Nuestra América en la cruz* (1960).

¹⁷ Este aspecto es analizado en Mario Zeledón Cambroner, *El pensamiento americanista de Vicente Sáenz*. Tesis de grado (Universidad de Costa Rica, 1976).

¹⁸ *Centro América en pie* (México: Ediciones Liberación, 1944), p. 7.

¹⁹ William Foster señala este rasgo como una de las estrategias discursivas utilizadas por los ensayistas latinoamericanos. Cfr. *Para una lectura semiótica del ensayo latinoamericano*, op. cit.

bros de Sáenz. Se produce así un movimiento intertextual que refuerza el punto de vista del enunciante y fortalece su imagen de historiador objetivo.

Es posible indicar también la presencia de varias formas retóricas que implican destinación. Los principales destinatarios de la historia son los jóvenes y los sectores más conscientes de la sociedad. El enunciante define una vanguardia, «la opinión pública continental», que comparte con él la confianza en el derecho y la inteligencia y está conformada por escritores, obreros y estudiantes. Delimita un terreno de entendimiento con sus interlocutores, una comunidad de intereses a partir de la cual desarrolla diversas estrategias persuasivas. El mismo carácter reiterativo que se percibe en estos ensayos, del cual el enunciante se manifiesta consciente, habla de una intencionalidad persuasiva y didáctica en relación en el destinatario.

La historia se organiza, en los ensayos de Sáenz, a partir de la intencionalidad mencionada. El análisis de los procedimientos que confieren al discurso histórico una estructuración literaria ha indicado la constante referencia al momento de la enunciación y el interés en calificar las imágenes del enunciante y el destinatario²⁰. Hay que señalar además los diversos criterios de selección y ordenamiento de los hechos históricos que estructuran el discurso, y que están determinados por la posición ética ante la historia. Así, el recuento se acelera en ciertos momentos, como cuando se reconstruye sumariamente el pasado colonial de América Latina. En otras ocasiones, por el contrario, el enunciante se detiene en episodios que considera importantes, especialmente por su potencial ejemplarizante y didáctico, procedimiento éste muy empleado al referirse al tema del imperialismo.

También son frecuentes los procesos de profundización de la historia, que generalmente se manifiestan en el recuento del origen y las causas de cada situación y el enfrentamiento comparativo entre el tiempo actual y el pasado. La búsqueda de las causas de los hechos tiene por objeto afirmar la historicidad de éstos frente a las posiciones deterministas y fatalistas e implica, además, confianza en el poder liberador del conocimiento científico, actitud que confirma la importancia de la labor intelectual. El enfrentamiento del pasado y el presente cumple con un fin didáctico, que confirma el uso de la historia dentro de una intencionalidad ética y política: las lecciones del pasado deben aclarar el presente y afirmar la posición del enunciante.

²⁰ Roland Barthes ha mostrado las semejanzas estructurales entre el relato y cierto tipo de discurso que se ofrece como histórico. Cfr. «El discurso de la historia», en *Estructuralismo y literatura* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1972), pp. 35-50.

Tanto los procesos de selección de los hechos y personajes históricos como las estrategias de disposición y ordenamiento logran un efecto básicamente literario, que consiste en afirmar el poder predictivo del historiador. En cuanto al futuro del momento del discurso y también en cuanto al futuro histórico del referente, el enunciante es una voz autorizada, predice el porvenir. Este dominio de la historia favorece la función persuasiva y refuerza las implicaciones ideológicas de la imagen del intelectual que se configura en el ensayo.

Dentro de esta oscilación entre historia y literatura, el enunciado trata de estructurarse a partir de una serie de conceptos proporcionados por el marxismo y el aprismo, que orientan los planteamientos hacia el análisis sociológico. Sin embargo, pese al intento de insertar el hecho singular en determinaciones más vastas, muchas veces los conceptos se vuelven ahistóricos. Es el caso del concepto de lucha de clases, que se transforma en el enfrentamiento de opresores y oprimidos dentro de una oposición más bien literaria y moral.

De esta manera, tanto los sujetos como los fenómenos históricos se descomponen en series sintagmáticas que se yuxtaponen y oponen. Se conforman series paralelas en las que se yuxtaponen, por ejemplo, a Hitler, Mussolini, Franco, el Vaticano y el Mikado. A la vez, dichas series se oponen a otras, tales como los intelectuales honestos, los verdaderos cristianos, los grupos de avanzada. Esta estructuración apunta a constituir un segundo significado, ya que los hechos se insertan en un legado literario y cultural que los reinterpreta y los vuelve significantes para el destinatario. Así, es muy común la ubicación de estas series dentro del esquema «civilización-barbarie», que sitúa los problemas mundiales en un contexto cultural conocido por el interlocutor latinoamericano.

De esta manera, el ensayo de Vicente Sáenz cumple con el doble objetivo de revisar el discurso oficial sobre la historia y ofrecer una lectura alternativa. En este proceso, el texto adquiere rasgos literarios, en virtud del compromiso del enunciante ante la esfera ideológica que quiere cuestionar.

En su intento de sistematizar la crítica antioligárquica, los ensayistas escogen diversos productos culturales y recurren a procedimientos distintos. Sancho elige las principales creencias del costarricense y duda de su validez, calificándolas como mitos. Sáenz se interesa por mostrar la falsedad del discurso histórico y ofrecer otra historia que desplace la versión oficial. En ambos casos se trata de oponer el discurso propio al ajeno, de acuerdo con la tendencia a ofrecer una nueva mirada sobre el objeto que acusa el género ensayístico (Lukács). El cuestionamiento de la ideología se logra en Sancho mediante la incorporación de la cultura humanis-

ta como sustento de la autoridad del enunciante, mientras que Sáenz configura un enunciante apoyado por el análisis crítico y la acción e inserto en las tradiciones de denuncia del ensayo latinoamericano. Estas diferencias se perciben en el tono del enunciante: nostálgico en Sancho, optimista en Sáenz.

Los dos escritores acuden a la historia para estructurar sus obras. Para Sancho, el examen cuidadoso del pasado debe rescatar los valores que orientaron la creación de la nacionalidad y que no existen en el presente: la añoranza del pasado es una forma del desencanto ante la fractura de los ideales democráticos profundos. A pesar de que esta actitud se atenúa mucho en las obras que escribe después de 1935, el pasado guarda para Sancho el atractivo de un refugio ante la realidad presente. En Sáenz, el recuento del pasado reafirma la certeza de las aseveraciones del enunciante y fortalece su poder predictivo respecto al futuro histórico.

A partir de procedimientos como los indicados, el ensayo costarricense se muestra como un discurso plural, que acoge los diversos lenguajes de la época y los reinterpreta dentro de una orientación persuasiva y política. Un estudio detenido deberá explicar las múltiples relaciones que estos lenguajes establecen en la obra de cada escritor, así como el concierto de las variadas expresiones ensayísticas dentro de la totalidad cultural y literaria. De esta manera sería posible establecer cómo, en momentos en que la crisis de hegemonía evidencia los desajustes profundos del sistema, el ensayo aclara los nexos entre el lenguaje y las relaciones sociales, historiza los términos y los aleja del mito.